

NACIÓN STASI

DAVID YOUNG

INÉDITO

UNA NUEVA Y APASIONANTE NOVELA DE SUSPENSE
DEL AUTOR *BEST SELLER* DE
HIJOS DE LA STASI Y *LOBOS DE LA STASI*

El cuerpo de un adolescente aparece ahogado en un lago artificial, en pleno cinturón industrial de Lusacia, cerca de la frontera polaca. Karin Müller, recién nombrada comandante de la Policía del Pueblo, de nuevo es desplazada lejos de Berlín Oriental para investigarlo, aunque su poder es limitado, ya que todos sus movimientos son vigilados estrechamente por la *Stasi*.

Cuando el hijo de un miembro del equipo de Müller, un joven de dieciocho años, desaparece, sale a la luz una terrible conspiración en el corazón del caso, que puede llevar a Müller y su pequeña familia a enfrentarse a un peligro que no se pueden imaginar.

¿Podrá navegar por esta compleja red política y encontrar al chico desaparecido antes que sea demasiado tarde?

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Glosario

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

Para Stephanie, Scarlett y Fergus

Prólogo

Diciembre de 1976.

Al oeste de Polonia.

La perra tiraba de él, y así atravesaron el monte bajo que crecía en Wyspa Teatralna: las ramas heladas se quebraban con facilidad, soltaban un crujido seco que marcaba el avance de la pareja. Había caído una gran helada, aunque estaban todavía a principios de invierno. El río alrededor de la isla del Teatro ya se había congelado, de parte a parte, por todas sus orillas. Kazimierz Wójcik no sabía lo gruesa que sería la capa de hielo. ¿Aguantaría el peso de una persona? ¿El de un coche o el de un tanque? Lo había visto antes así, muchas veces, pero siempre cuando ya estaba avanzado el invierno: a finales de enero, o en los primeros días de febrero.

–¡Śnieżka! ¡Śnieżka! –gritó, y tiró con fuerza de la correa. Pero el animal estaba en su elemento con un clima tan frío: era una perra de trineo de raza siberiana, el instinto de tirar de algo se le había desatado, y Kazimierz no tenía casi fuerza para oponer resistencia con el único brazo que le quedaba sano. Ya hacía bastante con sujetarla y no caer al suelo. Intentaba evitar que Śnieżka echara a correr por la orilla y llegara al agua helada.

No quería perderla.

Ya había perdido bastantes cosas en la vida.

Si no, que se lo dijeran a los alemanes, al otro lado del río, que se llevaron de recuerdo su brazo izquierdo y le

dejaron aquel, amojamado. Esos amiguitos socialistas que teníamos.

O que decían que teníamos. Porque Kazimierz y más hombres y mujeres de su edad, los que quedaban, no los veían así: amigos suyos no eran, ni de nadie de su generación. Los Szkopy alemanes, esos carneros castrados, según los llamaban los polacos como él, tenían que rendir cuentas por muchas cosas.

La perra se paró de golpe en lo alto del promontorio que bordeaba el río: tenía las orejas de punta y el pelo erizado, de color blanco, a juego con el bigote y la barba de Kazimierz.

El viejo y la perra se quedaron por un momento como una estatua, imitando las ruinas de piedra del teatro que daba nombre a la zona. Solo perforaba aquel silencio el zumbido de la maquinaria en la fábrica de lana que los alemanes tenían al otro lado del río; eso, y el aliento entrecortado del propio Kazimierz. Las nubes de vapor se transformaban en hielo nada más entrar en contacto con las puntas de su vello facial.

Śniezka había visto algo, allí donde acababa el cauce helado del río y empezaba la playa de guijarros.

Kazimierz siguió la mirada de la perra con los ojos, miró más allá de su propio bigote, cubierto de escarcha, y se fijó en algo oscuro, apelmazado. Había perdido mucha vista desde aquellos tiempos en los que trabajó de relojero en Leszno, antes de la guerra, justo al lado de la antigua frontera. Luego lo reasentaron en esta nueva linde, cien kilómetros más al oeste; olvidada ya toda posibilidad de dedicarse a la relojería, con el brazo izquierdo consumido.

El bulto parecía un abrigo de pieles. «A lo mejor lo puedo poner a secar y venderlo», pensó Kazimierz. Pero estaba arrebujaado en un guiñapo, y sintió náuseas al caer en la cuenta de lo que, con toda probabilidad, había debajo del abrigo.

Un cuerpo.

Un cuerpo inmóvil y muerto.

Kazimierz tiró con fuerza de Śnieżka. No quería problemas, así que se olvidarían de aquello que habían visto. Era mucho más seguro.

Hay que ir con la cabeza gacha; ir por la vida evitando siempre meterse en líos. Así había sobrevivido Kazimierz todos estos años, y no iba a cambiar ahora.

Pero la perra tenía otra idea en la cabeza.

Empezó a tirar de la correa y llevó a su amo a rastras por el bancal hasta el lecho del río. A Kazimierz no le quedó otra que seguirla, mientras iba trastabillando y tiraba frenéticamente de la correa para que no se le soltara su fiel compañera.

Al final, la tuvo que dejar por imposible, para no caerse, y empezó a llamarla a voces. Pero Śnieżka se quedó clavada nada más llegar al fardo de pieles.

Se quedó clavada y empezó a aullar.

Un quejido terrible que indicaba pánico o lamento. Y Kazimierz comprendió que en apenas un instante se había esfumado todo intento de mantener en secreto aquel hallazgo.

Finalmente, los ojos y el cerebro del viejo asimilaron lo que era el bulto.

No era un cuerpo, eran muchos: cuerpos de ratas muertas.

Estaban contorsionados, fundidos en una masa de pelo oscuro ribeteada de blanca escarcha. Y lo que hizo que temblara fueron las colas.

Decenas, montones de colas sin vida, sujeta cada una a su propio y peludo cuerpo.

1

*Septiembre de 1976.
Strausberger Platz, Berlín Oriental.*

La fresca brisa de septiembre le daba a la *Oberleutnant* de la Policía del Pueblo Karin Müller en plena cara, un rostro al que se le había pegado un poco el sol. Tuvo que apartarse con la mano las puntas de pelo rubio, para que no se le metieran en los ojos al mirar el reloj por tercera vez en un minuto. Ya pasaban cinco minutos de la hora, y no había señales todavía de su jefe, el *Oberst* Reiniger. Y eso que él le había insistido que llegara a tiempo.

No se sentía muy «*Oberleutnant*» precisamente en este momento. De hecho, aunque no habían pasado muchos meses desde su último caso, que la llevó hasta Halle-Neustadt, una ciudad al sur de la capital del Estado, ya casi ni se acordaba de lo que era ser policía; y mucho menos de dirigir una brigada de homicidios. Llevaba semanas desempeñando a tiempo completo el papel de madre que se queda en casa; cosa rara en la pequeña república, en la que a los bebés los mandaban a la guardería casi nada más nacer, y a las madres, de vuelta al puesto de trabajo.

Ahora, parada en la salida norte de la estación de metro de Strausberger Platz, sintió que echaba de menos horrores a los bebés mellizos que había dejado en casa. Casi como si le desgarraran las telas del corazón. Tenía la desagradable sensación, además, de que, fuera lo que fuera

lo que quisiera Reiniger, la vida familiar que acababa de empezar no iba a salir muy bien parada: aquellos dos milagros de criaturas, Jannika y Johannes, los bebés que todos los médicos consultados le habían dicho siempre que no podría tener.

Tragó saliva, se llevó la mano a la frente para hacer de visera y miró al este, a Karl-Marx-Allee, maravillada de su esplendor. Sí que era verdad que la República no era un país perfecto. Los métodos del Ministerio para la Seguridad del Estado que salieron a la luz en una investigación anterior, en la que tuvo que ocuparse de los reformatorios para adolescentes, sumados a la búsqueda de bebés desaparecidos en Halle-Neustadt, le habían metido el miedo en el cuerpo al ver cómo se las gastaba el Estado para el que trabajaba. Pero esta magnífica avenida, jalonada a ambos lados de hermosos edificios, revestidos de planchas de hormigón, daba fe de lo mucho que de bueno tenía el sistema socialista. Vivir en apartamentos como aquellos en París costaría un ojo de la cara. Puede que aquí, los que ocupaban los puestos altos en el Partido tuvieran prioridad, pero también había trabajadores normales y corrientes. Las mujeres que efectuaron la labor de desescombro, por ejemplo; ocupadas en limpiar heroicamente toneladas y toneladas de escombros en las ruinas de Berlín después de la guerra, para así arrimar el hombro en la construcción de una nueva capital del Estado: a ellas les habían dado prioridad a la hora de elegir esos apartamentos. Palacios de alquiler, así los llamaban, y Müller veía bien por qué.

Giró sobre los talones y encaró el lado opuesto, volvió a mirar en dirección al centro de Berlín y la torre de la televisión, y más allá, a la Barrera de Protección Antifascista, pasada la magnífica fuente que había en el centro de Strausberger Platz, cuya agua, azotada por el viento, dejaba una fina capa de vapor dispersa por toda la plaza. Aspiró una bocanada de aire húmedo y dejó que las partículas

microscópicas de espuma le impregnaran la cara. Había arcoíris en miniatura allí donde el sol hendía el agua. Nunca llegaba a formarse el arco completo, sino que se deshacía al ritmo pautado por los chorros de la fuente.

Entonces, al trasluz de uno de los arcoíris, vio que se acercaba un hombre obeso de mediana edad. Iba con la cabeza gacha, y recordaba un poco a un pingüino al caminar. Cada pocos pasos, se quitaba las gotas de agua de las charreteras, sin duda, para llamar la atención sobre el rango que ostentaba, más que para limpiárselas. O, al menos, eso era lo que sostenía Tilsner, el ayudante de Karin. Al *Unterleutnant* Werner Tilsner, el coronel de la Policía del Pueblo le parecía pretencioso y aburrido. Sin embargo, a Müller le caía bastante bien, y según se acercaba a ella, lo recibió con una amplia sonrisa.

–Tiene buen aspecto, Karin –dijo, y le sonrió también con franqueza, mientras le estrechaba con fuerza la mano que ella le tendía–. Le sienta bien la maternidad, no hay más que verlo.

–Yo no estoy tan segura, camarada *Oberst* –dijo Müller, y se echó a reír–. Ya lo oyó usted mismo por teléfono anoche: el apartamento es un caos en este momento. –Reiniger la había llamado a su apartamento por la línea directa de la Policía, justo cuando estaba en pleno desbarajuste doméstico porque los bebés se habían cogido cada uno un berrinche. Además, el piso de un dormitorio en el que vivían ya no daba de sí para Müller, su novio, Emil Wollenburg, que trabajaba de médico en el hospital, los propios mellizos y Helga, la abuela de Müller, de cuya existencia se acababa prácticamente de enterar.

Reiniger blandió un brazo, como si al hacerlo, los problemas de Müller fueran a desaparecer por arte de magia.

–Habrà que ver qué se puede hacer con lo de su alojamiento. Puede que haya encontrado la solución, y siento haber tardado tanto, pero ya sabe cómo es esto. Tuve una reunión en el café Moskau y pensé que me vendría bien

dar un paseo cuando acabó. De hecho, la persona con la que me reuní me preguntó por usted.

—¿Ah, sí? —Müller se alegró de que sus colegas de la Policía del Pueblo no se hubieran olvidado del todo de ella en el tiempo que había estado de baja por maternidad—. ¿Quién era?

—Una persona que, si acepta usted mi pequeña proposición, va a volver a ver bastante otra vez.

Había algo en la sonrisita de Reiniger que hizo que a Müller le saltaran las alarmas en el acto. «Va a volver a ver bastante otra vez», había dicho, como dando a entender que sería algo que iba a pasar, lo quisiera ella o no.

Müller fue consciente de cómo le cambiaba la cara, aunque había intentado no mudar la expresión de sus rasgos. Pero lo que dijo Reiniger a continuación no la sorprendió.

—Era su antiguo contacto en el Ministerio para la Seguridad del Estado, el *Oberst* Jäger.

Jäger, el coronel de la *Stasi* de finos modales y pinta de presentador de televisión de la República Federal Alemana.

Un manipulador que no dudaba en utilizar su mucha influencia: un hombre de cuidado.

Al parecer, Reiniger no tenía prisa en ir al grano. Por eso se pasó lo que duró la comida en la terraza del restaurante, ubicada en el semicírculo umbrío de la Platz, hablando de niños, intercambiando con Müller historias de cuando fue padre por primera vez, hacía ya años, y de cómo había revivido todo eso al ser abuelo, apenas hacía un año.

Para ser sinceros, la conversación fue tan amena que a Müller casi se le había pasado el miedo que le había entrado antes, al oír otra vez el nombre de Jäger. Tampoco es que odiara al oficial de la *Stasi*; se mostraba ambivalente al respecto. Tenían métodos, él y la agencia para la que

trabajaba, que pecaban de despiadados, crueles, turbios. Pero fue Jäger quien encontró a su abuela, Helga; y eso le permitió a Müller echar raíces, o algo parecido, después de haberse sentido como un bicho raro en su familia adoptiva, durante los años de su niñez y primera juventud que pasó en las boscosas colinas de Turingia. Y puede que, si Jäger acabara otra vez siendo parte de su vida laboral, lo convenciera para que averiguara algo sobre su padre biológico, quien, por lo que ella sabía, tuvo que ser un soldado soviético del ejército vencedor que dejó a su madre embarazada de ella cuando era adolescente, en los últimos días de la guerra o poco después.

Al final, Reiniger soltó un eructo que esparció los efluvios de lo que había comido por toda la mesa y que, regado con el olor de la cerveza de trigo, dio contra la cara de Müller. Ella hizo como que no se enteraba. Luego, su superior se pasó la servilleta por la boca, escupió en ella, repitió la operación y examinó los tropezones de salsa rojinegra con cierta mirada de satisfacción.

—En fin, espero que le haya gustado la comida tanto como a mí, Karin.

—Mucho, camarada *Oberst*. Una no tiene la oportunidad de comer todos los días en un restaurante de este nivel.

—Me alegro, me alegro. Así podemos pasar ahora a la segunda parte de esta excursioncita suya. ¿No tendrá que volver hoy antes, no?

—Para nada. —Müller recordó los lloriqueos de Jannika y Johannes de la noche anterior, y cómo Helga se las apañó para calmarlos. La abuela podía perfectamente ocuparse de los dos ella sola.

—Muy bien, pues entonces, vamos por los abrigos. Iremos a ver algo que creo que le va a gustar.

Reiniger sacó su propia llave para entrar en el portal de un bloque de apartamentos pegado a una de las torres que dominaban las cuatro esquinas de Strausberger Platz. Todo allí era de un blanco reluciente y limpio; nada que ver con su derruido bloque de apartamentos en Schönhauser Allee.

El ascensor se elevó con rapidez, sin dar tirones, hasta el piso que Reiniger había seleccionado en una hilera de botones de metal, enmarcados por una luz verde de neón. Era el sexto. Cuando salieron, vio que el suelo y los detalles arquitectónicos guardaban el mismo gusto por la opulencia. Era hormigón pulido, y los diseñadores se habían esmerado en hacerlo pasar por mármol o piedra blanca. Müller albergaba la sospecha de que al menos una parte era de verdad, aunque sabía que el efecto logrado en el exterior de todos los edificios de la Allee se debía al inteligente empleo de piezas de cerámica.

El llavero de Reiniger tintineó como el sonajero de un niño cuando lo sacó del bolsillo y metió una de las llaves en la cerradura de una pesada puerta de roble. La abrió y le hizo señas a Müller para que lo siguiera dentro, sin decirle todavía a qué venía aquel pequeño recorrido por el edificio.

Cuando ya estaban dentro, Reiniger abrió los brazos con otro de aquellos gestos que recorrió el espacioso pasillo, en el que cabía una mesa de comedor, tal y como Müller podía comprobar con sus propios ojos. La que allí había parecía sacada de una tienda de antigüedades. Lo más probable era que el apartamento fuera de un alto miembro en el aparato del Partido. Pero, si tal era el caso, ¿por qué le ofrecían a Müller aquella visita guiada?

—¿Qué le parece? Impresionante, ¿a que sí?

—Vaya si lo es, camarada *Oberst*. —A estas alturas, Müller ya habría dejado a un lado la mención del rango que ostentaba su superior, por muchas estrellas que tuviera; pero sabía que a Reiniger le gustaba que le recordaran,